

Orión y el Tiempo

Mario Carratalá

Queridos alumnos de la promoción del 2010:

Con este año concluye la primera década del siglo XXI. Hace unos seis años, llegasteis al *Atenea* como aquel navegante que, en una mañana de verano, arribó a una bahía nunca antes vista.

Dentro de unos días viajaréis a Grecia, igual que aquel navegante que tenía como destino Ítaca, su patria. Y su viaje fue largo, y rico en experiencias y conocimiento.

Hace seis años, cuando llegasteis al Instituto, también pedías que vuestra travesía, en esta etapa de vuestras vidas, fuera enriquecedora y fértil en descubrimientos.

Juntos, alumnos y profesores, hemos manejado la nave lo mejor que hemos sabido, recogiendo las velas para embolsar el viento cuando era débil o desplegando todo el trapo cuando soplaban con fuerza.

Y el tiempo, esa corriente que nunca se detiene, nos ha arrastrado hasta aquí.

El Tiempo... cuyo paso viene marcado por los ciclos que repiten las estrellas en el cielo desde el orto hasta el ocaso.

Estrellas que hemos visto juntos en noches en la Dehesa. Y aunque el exceso de luz de las farolas ahogaba el brillo de muchas de ellas, nada podía menguar el extraordinario fulgor de la constelación de Orión, la más espectacular de los cielos invernales. Con esas estrellas tan brillantes: la gigante roja Betelgeuse o la azul Rigel y la tres estrellas del cinturón que en conjunto hacen que sea fácilmente reconocible.

Viene a cuento hablar de Orión porque casualment su presencia en los cielos está exactamente sincronizada con el curso escolar: se hace visible a finales de septiembre, brilla durante todo el otoño, invierno y la mayor parte de la primavera y deja de verse justo en esta época.

Orión es como un reloj que pauta los cursos académicos.

Muchas han sido las culturas que han adivinado en el contorno delineado por esas estrellas, la imagen de un esforzado guerrero que se sostiene sobre poderosas piernas señaladas por Rigel y Saiph, que con su brazo izquierdo, donde brilla Bellatrix, sujeta un escudo y en el otro, el de la roja Betelgeuse, empuña una maza. Y de su cinto, dibujado por Mintaka, Alnitak y Alnilam, pende una espada mágica, que refulge por la luz de dos espléndidas nebulosas: la de la Cabeza del Caballo y la Gran Nebulosa de

Orión. En ellas están naciendo nuevas estrellas que se encienden en el seno de vertiginosos vórtices de gas y polvo interestelar y quizás también, al mismo tiempo, están emergiendo mundos como el nuestro.

Frente a Orión está Tauro, su rival, con sus largos cuernos extendidos y amenazantes. Y sobre el corte del lomo del Toro brilla el cúmulo de estrellas más bello del firmamento: las Pléyades.

Los griegos vieron en esos catasterismos la escenificación del destino del Titán Orión que fue castigado por manifestar su deseo amoroso por las Pléyades, las compañeras de Artemisa, y la diosa hizo que surgiera un escorpión contra él por el que murió tras haberle acometido. Compadecido, Zeus lo colocó en el firmamento y más adelante situó a las Pléyades justo frente a él, pero protegidas por un inmenso Toro, del que Orión se defiende con su escudo y acomete con su maza en un combate sin fin, mantenido noche tras noche, desde el otoño a la primavera, con la firme determinación de alcanzar algún día a las hermosas Pléyades.

Y esas eran las mismas noches en que vosotros os peleabais con libros, apuntes y exámenes.

Algunos han querido ver en los negros contornos de ese Toro, la imagen de la muerte, otros, algo muy parecido: la oscura ignorancia que nutre la imposición y el dogmatismo; y aún, algunos más han visto en Tauro, algo muy distinto y opuesto, han visto la plasmación del Tiempo. Y en las Pléyades, la imagen de la Verdad, que como el horizonte se vislumbra pero nunca se alcanza, y en Orión a nosotros mismos, obligados al desigual combate con el Tiempo, día tras día, sin tregua ni reposo.

Ante vosotros se abre ahora un ancho mar de Tiempo que tenéis que surcar.

No intentéis vencer al tiempo porque es imbatible, procurad comprenderlo y buscad su alianza.

Aunque quizás podáis contar con algún recurso para doblegarlo...

Me explicaré: aprovechando una festividad de este curso, un nutrido grupo de profesores hicimos un viaje a Segovia. Vino el Director que nos hizo de guía y nos mostró cada uno de los rincones de la Segovia de sus amores. Pasamos un día fantástico. Mágico podría decirse. El caso es que de camino, en el puerto de Navacerrada, con un cielo plomizo, un manto nevado y un frío que cortaba las venas, mi compañero, y sin embargo amigo, Óscar Anaya me contó algo fascinante... y el frío se disipó. Bueno, quizá ayudó algo el café con leche que nos tomamos, en cualquier caso vino a decirme lo siguiente:

En el Renacimiento era muy frecuente el uso del contrapunto imitativo consistente en que cuando la melodía alcanza su punto más álgido y sublime y está a punto de terminar y caer en el abismo del pasado, otros instrumentos vienen a rescatarla repitiéndola y manteniéndola para que la magia del instante se prolongue y se suspenda y no se desvanezca, logrando que el tiempo se detenga.

La Física también augura que en un futuro será posible describir curvas cerradas en el espacio-tiempo que nos trasladen al pasado, pero de momento el Tiempo sólo se detiene con la música, tal vez porque está seducido por ella.

Hace 2500 años, Pitágoras encontró el secreto matemático de la música. Descubrió que octavas, quintas y terceras obedecían a proporciones sencillas de números enteros y se atrevió a conjeturar que los planetas estaban dispuestos a distancias coincidentes con los intervalos musicales y que una invisible cuerda cósmica era pulsada por cada planeta componiendo una sinfonía tan sublime como insuperable.

Ningún mortal ha sido capaz de escuchar la música de esa Armonía de las esferas, con la posible única excepción de la bella esposa de Pitágoras, la simpar Teano, que alguno sospecha que ocupa un sitio entre las Pléyades.

La Ciencia moderna, con la autorizada voz de Galileo, le reconoció a Pitágoras su hallazgo de que la naturaleza estaba escrita en lenguaje matemático, pero no ha conseguido corroborar la existencia de la Armonía de las esferas, y lo tiene en su débito, porque la conjetura de Pitágoras merece ser cierta.

De música están hechas las alas de la sabiduría que con su potente soplo nos impulsa hacia las bahías más bellas.

Pero el tiempo no puede ser detenido para siempre. Sólo nos queda reconciliarnos con él y deslizarnos sobre su corriente.

No dejéis todo para el último y mismo momento, porque el tiempo es el modo que tiene la naturaleza de evitar que todo suceda a la vez.

No temáis equivocaros porque el que nunca comete un error tampoco hace ningún descubrimiento.

Surcad el mar del Tiempo con el timón firme y la proa apuntada siempre hacia las Pléyades.

Nadie ha conseguido llegar hasta ellas, pero muchos han sido los que han percibido sus destellos.

Teneros a vosotros como alumnos ha sido grato, estimulante y muy divertido: esos son los destellos que dan las Pléyades.

Y si vientos contrarios se empeñan en torcer vuestro rumbo o pesadas calmas os envaran en mares de sargazos, no desfallezcáis recostaos contra el respaldo sólidamente urdido por vuestra familia y amigos y, también, deteneos un instante, haced un bucle en el tiempo y recordad que unos pocos de los muelles que mantienen consistente ese respaldo están hechos con el cariño de vuestros profesores del Atenea que lo mantendrán guardado para vosotros aquí y para siempre.

Buen viaje, queridos alumnos de la promoción del 2010.

Ese es vuestro número... el diez.